

Andrés TRAPIELLO

La vida nos trae y nos lleva a todos por lugares impensados. Jamás hubiera querido uno estar en este lugar, en este rincón de la filosofía, de este *Banquete* platónico como si dijéramos, si para ello había de mediar la muerte de una amiga tan querida como Yolanda Ruano. Pues como amigo comparezco hoy no ante vosotros, maestros, colegas y discípulos de Yolanda, sino ante ella misma, y no porque acaso sea yo el único de vosotros que no fue ni compañero ni discípulo suyo, sino porque sólo podría mostrar, para justificar mi presencia aquí, el haber sido amigo de Yolanda y, si acaso, un discípulo por poderes, de manera indirecta, a través de mi mujer, Miriam Moreno, que sí lo fue, y dilecta, creo, en la Facultad de Filosofía de la Complutense, y, después o mejor aún, al mismo tiempo que cursaba su carrera, amiga suya, una amiga a la que, en mi caso, sólo vi unas pocas veces, pero de la que puedo decir llegó a ser una presencia habitual en nuestra casa, pues a menudo la encontraba sosteniendo con Miriam largas, periódicas y un poco sigilosas conversaciones telefónicas que solían ser una prolongación de las filosóficas que se habían iniciado en la clase y que con no menor frecuencia, rebasado el meridiano de los sesenta minutos, solían derivar a asuntos personales suyos, lo que podía llevarlas a otra hora más de confidencias en las que por el tono parecían ambas encontrarse muy a gusto, despertando en mí esa clase de intriga y de envidia sana que nos produce siempre la felicidad de las personas próximas y amadas de la que sólo podemos ser testigos ocasionales, de paso, como de paso estaba yo cuando, al cabo de un largo rato, y creyendo acabada aquella conversación desde hacía ya mucho,

advertía que aún seguían en ella no sé si en el mismo punto pero sí desde luego con el mismo ímpetu y con la misma acucia, como si comprendieran un poco desesperadas que dos horas de teléfono no podían ser suficientes para aquellos repasos generales y periódicos, en los que, a saltos, en mis idas y venidas por la casa, sincopadas y discontinuas, yo veía desfilar en los susurros, como sucede en la intimidad de los amigos, toda clase de asuntos, desde los filosóficos a los familiares, desde los cataclismos de su departamento de la Facultad hasta la última película vista, desde las tareas domésticas hasta, en el caso de Yolanda, esa enfermedad contra la que luchó más de diez años, y que a la postre acabó modificando no sé si su carácter pero sí sus propios intereses filosóficos.

Resulta imposible saber si una Yolanda libre de su enfermedad hubiese elegido otros asuntos para los cursos de verano del Escorial que la Universidad le encomendó, pero el hecho fue que tras uno primero dedicado a su admirado Max Weber, quiso que el segundo se desarrollara en torno al Mal y el tercero sobre la Melancolía, asuntos ambos directamente relacionados con la vida en general y, claro, de una manera directísima, con la suya particular, y en estos dos últimos quiso que interviniera yo, desencadenando en mí toda clase de desasosiegos, porque ¿qué podía decirle uno, un vate cándido y etéreo, a un sínodo de filósofos, sabiendo que el filósofo es aquel al que podríamos definir como el-que-está-con-los-pies-en-la-tierra, o, si se prefiere, el-que-sospecha-de-todo?

Para el segundo de los cursos, el primero en el que intervine, el del Mal, me propuso que desarrollara una idea con la que ella no estaba en absoluto de acuerdo, y con la que, según sostenía con energía (pese al quebranto de su enfermedad, y nosotros la conocimos ya enferma, creo que fue siempre una mujer enérgica, decidida, valiente, una de esas mujeres en las que el arrojo y la valentía se manifiestan de una manera natural, sin las alharacas ni el pathos trágico al que los varones parecen especialmente inclinados), una idea con la que, decía, no podía estar ni mucho menos de acuerdo, y que ella me oyó una vez, hablando de la naturaleza de la escritura de los diarios, resumida en esta frase de San Agustín: “Es malo sufrir, pero es bueno haber sufrido”, en cierto modo conectada con el célebre aforismo de Nietzsche de que todo aquello que no te destruye, te hace más fuerte. Sabiendo acaso que su enfermedad la estaba destruyendo y habiendo padecido tan extremos quebrantos incluso antes de haber dejado atrás la juventud, esa frase de San Agustín le parecía, en el peor de los casos, una justificación del mal, y en el mejor, una pose decadente e meliflua. Desde entonces, después de ver cómo la vida la destruyó injustamente cuando era más fuerte que nunca, más fuerte que la mayor parte de las personas que haya conocido uno, jamás ha vuelto uno a repetir esa frase, porque realmente ella me mostró con su vida que es malo sufrir y que es malo haber sufrido, y que el mundo es y sería otro si desde que nacemos pudiésemos ser felices, ajenos al mal y por consiguiente a su voracidad destructiva. Claro que el hombre final-

mente parece destinado a buscar el conocimiento allá donde éste brota, y el dolor y el sufrimiento han sido siempre las fuentes de donde acaso ha manado con mayor pureza, incontaminado y único, en la medida en que todo dolor, todo sufrir, como decía Tolstoi en el comienzo de *Ana Karenina*, es singular y original. Y a este, al deber de hallar conocimiento en su singularidad, en las circunstancias que modificaron los últimos años de su vida, derivó sus últimos esfuerzos como filósofa.

En cuanto a la Melancolía ni que decir tiene que Yolanda, teniendo más razones que nadie para haber sucumbido muchas veces a su negra y arrolladora corriente, parecía naturalmente dotada para combatirla con una alegría y vitalismo propios sólo de alguno de los héroes de la tragedia griega, en cuyo ejemplo Nietzsche, que como ella desarrolló la mayor parte de su trabajo atenazado por la enfermedad, buscó a un tiempo fuerzas para enfrentarse al destino y compañía, ya que esa lucha ha de hacerla cada cual en solitario.

Así pues, Yolanda, ante ti comparezco, sólo ante ti, para decirte lo que la muerte impidió que te dijera en vida, a saber, que mucha razón tenías sobre el sufrir y que el ejemplo de tu vida, de aquellos últimos años en los que parecías hacer burla del asedio a que te tenía sometida la enfermedad, no es de naturaleza muy diferente al que encontramos en los héroes griegos o, viniéndonos más cerca, en algunos héroes manchegos, como el melancólico Alonso Quijano que supo combatir igualmente su melancolía convirtiéndose en don Quijote. No hace falta que te diga que en el caso de nuestro héroe manchego fracasó como cuerdo y como loco, como llamados a fracasar estamos todos en el combate si no contra el Mal, sí contra la Melancolía. Mucho me habría gustado ser alumno tuyo, a tenor de las lecciones que por poderes he tomado de ti a través de Miriam, que empezaron hace años y aún continúan, pero a falta de ello, tampoco es poco el contarme en el número de tus amigos, y aun más de lo que seguramente yo podría merecer.

Madrid, 3 de octubre de 2010